

PEARL S. BUCK

LA GRAN DAMA



La vida de Tzu Hsi, la última emperatriz de China, es una auténtica novela. Era hija de un manchú de clase humilde, que murió cuando ella era aún una niña; entonces la llevaron a casa de su tío, en Pekín. Siguiendo la costumbre, a los diecisiete años fue llamada al Palacio Imperial de la Ciudad Prohibida. Las que superaban la prueba, podían ser elegidas por el emperador como concubinas. A partir de ese momento, debido a sus manejos y a su talante, a su fatal combinación de belleza e inteligencia, llegó a ser la gobernante femenina más famosa de China.

PALABRAS PRELIMINARES

Tzu Hsi, la última emperatriz que gobernó en China, era una mujer tan diversa en sus facetas, tan contradictoria en su conducta, tan rica en los múltiples aspectos de su personalidad, que es difícil comprender y definir el conjunto de su carácter. Vivió en un período crítico de la Historia, cuando China luchaba contra las imposiciones ajenas a la vez que se admitía la obvia necesidad de una reforma en sentido moderno. En aquella época Tzu Hsi era conservadora e independiente; implacable en caso necesario. Sus oponentes la temían y la odiaban y procedían de manera más organizada que quienes le profesaban amor. Los escritores occidentales, con muy pocas excepciones, la describen de manera desfavorable e incluso rencorosa.

He procurado en este libro traducir a Tzu Hsi lo más exactamente posible, utilizando las fuentes de que todos disponemos, así como recuerdos personales respecto a cómo la consideraban los chinos a quienes conocí en mi niñez y que la miraban solamente como mujer imperial. El bien y el mal se mezclaban en ella, pero alcanzando siempre dimensiones heroicas. Resistió a los cambios modernos tanto tiempo como pudo, porque creía que lo viejo era mejor que lo nuevo. Al comprender que el cambio era inevitable, lo aceptó de buen talante, pero sin modificar sus sentimientos.

Sus súbditos la amaban, aunque no todos, ya que los revolucionarios y los impacientes la odiaban tanto como ella los aborrecía. Mas los campesinos y los moradores de las ciudades pequeñas la reverenciaban. Décadas después

de su muerte yo visité poblados de las regiones interiores de China, y hallé que muchas gentes creían que la emperatriz vivía aún y se atemorizaban al tener noticia de su muerte. «¿Quién se cuidará de nosotros ahora?», solían exclamar.

Acaso sea éste el juicio más definitivo que cabe formular acerca de un soberano.

I

YEHONALA

En la ciudad de Pequín corrían las semanas de abril, quinto mes del año solar de 1852, tercer mes del año lunar y año doscientos ocho de la gran dinastía manchú de los Ch'ing. La primavera llegaba retrasada y los vientos del Norte, cargados de la fina arena amarilla del desierto de Gobi, soplaban sobre las techumbres tan fríos como ráfagas invernales. La arena se acumulaba en las calles, giraba en remolinos y se filtraba, por ventanas y puertas. Formaba montoncillos en los rincones, alfombraba mesas y sillas, deslizábase en las costuras y aberturas de los vestidos, se secaba en los semblantes de los niños que lloraban y se depositaba en los surcos de las arrugas de los viejos.

En la casa del armígero manchú Muyanga, en la calleja del Peltre, la arena resultaba más molesta de lo usual, porque los postigos de las ventanas no ajustaban bien y los batientes de las puertas tampoco encajaban debidamente en sus goznes de madera.

Orquídea, hija mayor del hermano difunto de Muyanga, despertó aquella mañana escuchando el ruido del viento y los crujidos de la madera. Se sentó en el ancho lecho chino que compartía con su hermana menor y frunció el entrecejo al ver la capa de arena que, como coloreada nieve, cubría la colcha encarnada. En un instante se deslizó fuera de las ropas de la cama, procurando efectuarlo con tiento, para

no despertar a la otra durmiente. Sus pies descalzos sintieron el desagradable contacto de la arena que tapizaba el suelo. Suspiró. El día anterior había barrido cuidadosamente la casa y tendría que volver a hacer lo mismo en cuanto cesase el viento.

Orquídea podía pasar por una hermosa muchacha. Parecía más alta de lo que era, porque a su esbeltez natural unía el que andaba muy erguida. Tenía las facciones acusadas, pero no toscas, la nariz recta, las cejas finas y la boca bien formada y no demasiado pequeña. Su principal atractivo radicaba en sus ojos, grandes y muy límpidos, con la negra pupila nítidamente separada del blanco de los globos. Pero su belleza podría haber formado un conjunto insignificante sin el espontáneo despejo y la inteligencia que rebosaba de todo su ser, a pesar de su juventud. Era muy dueña de sí y su energía innata se transparentaba en la ductilidad de sus movimientos y la serenidad de sus maneras.

En la calma de la mañana, teñida por el tono grisáceo de la arena, Orquídea se vistió de prisa y sin ruido. Luego, separando las cortinas de algodón azul que servían de puerta a la alcoba, pasó al cuarto principal y entró en la reducida cocina contigua. Humeaba el amplio caldero de hierro puesto en el hornillo de barro.

Saludó a la criada diciéndole:

—Lu Ma, te has levantado temprano esta mañana.

Su dominio de sí misma se exteriorizaba en la extrema suavidad de su linda voz, que mantenía deliberadamente baja.

La voz cascada de una mujer de edad respondió desde junto al hornillo:

—No he podido dormir, amita. ¿Qué va a ser de nosotros cuando nos dejes? Orquídea sonrió.

—La emperatriz madre puede no elegirme. Mi prima Sakota es mucho más bonita que yo.

Dirigió una mirada al hornillo. Lu Ma, acurrucada junto al fuego, lo alimentaba con briznas de hierba seca, procurando sacar el mayor partido de cada hoja del escaso combustible.

—Sí, te elegiré.

El acento de la vieja sonaba definido y triste. Alzándose desde detrás del hornillo mostró el aspecto desolado de una mujer china jorobada y baja, con ropas azules raídas y remendadas. Tenía ligados los pies y el rostro surcado por una red de oscuras arrugas contorneadas de pálida arena. Arena había también en su cabello gris y arena en sus cejas y en el borde de su labio superior.

Quejose:

—Esta casa no puede ir adelante sin ti. Tu hermana pequeña no dará una sola puntada, por la costumbre que tiene de que tú se lo hagas todo. Cada uno de tus dos hermanos rompe un par de zapatos todos los meses. ¿Y qué me dices de tu pariente Jung Lu? ¿No puede considerársele tu prometido desde vuestra infancia?

—En cierto modo, si puede considerársele —contestó Orquídea con la misma placentera voz de antes.

Tomó de al lado del hornillo un recipiente de hierro y sacó del caldero agua caliente. Cogió una diminuta toalla gris que colgaba de la pared, la mojó en el agua, la retorció, haciéndola humear, hasta secarla y se la pasó por el rostro, el cuello, las muñecas y las manos. Su tersa carita oval enrojeció al recibir aquel calor húmedo. La joven se miró en un trozo de espejo que pendía sobre la mesa. Casi no reparó más que en sus ojos, extraordinariamente animados y negros. Se sentía orgullosa de ellos, aunque nunca mostraba el menor signo de tal orgullo. Cuando las vecinas hablaban de sus bonitas cejas y de sus ojos almendrados, Orquídea parecía no oírlas, aunque oía perfectamente.

La vieja, contemplándola, dijo:

—Siempre he dicho que tenías un gran destino por delante. Hemos de obedecer a nuestro emperador, el Hijo del

Cielo, y cuando seas emperatriz, preciosa, te acordarás de nosotros y nos enviarás ayuda.

Orquídea rió con suave y contenida risa.

—Yo no seré más que una concubina entre centenares de ellas.

—Serás lo que el cielo ordene —declaró la anciana.

Luego retorció la toalla de nuevo, hasta quitarle el resto del agua que contenía, y la colgó de un clavo. Alzó el recipiente, llegose a la puerta y vertió el agua, cuidadosamente, sobre la tierra del umbral.

—Péinate el cabello, amita. Jung Lu vendrá hoy temprano. Ha dicho que acaso te traiga ya la llamada áurea.

Orquídea, sin replicar, se dirigió, con los pasos graciosos usuales en ella, a su dormitorio. Miró el lecho. Su hermana dormía aún y sus ligeras formas apenas se perfilaban bajo la colcha. Lentamente Orquídea se desanudó el cabello y lo peinó con un peine chino de madera, perfumándolo con fragante aceite de casia. Formó con sus crenchas dos especies de moños sobre los oídos y púsose en cada uno una florecita de perlas rodeadas de hojas de fino jade verde.

No había terminado aún cuando percibió los pasos de su primo Jung Lu en la estancia principal de la casa, y oyó como su voz, profunda hasta lo excesivo, incluso para un hombre, preguntaba por ella. Por vez primera en su vida no salió a verle en el acto. Como ambos eran manchúes, las antiguas leyes y costumbres chinas, que prohíben que la mujer y el varón convivan después de la edad de siete años, no los habían separado jamás. Ella y Jung Lu habían sido en la niñez compañeros de juegos, y amigos como dos buenos primos después de la infancia. A la sazón él servía en la Guardia Imperial de servicio en las puertas de la Ciudad Prohibida, y sus obligaciones le impedían ir a menudo a casa de Muyanga. Pero no faltaban nunca los días de fiesta ni los cumpleaños. En la celebración china del principio de primavera, dos meses atrás, había hablado a Orquídea

de casarse. Aquel día ella no le rechazó ni le aceptó. Desplegó su brillante sonrisa y le dijo:

—En vez de hablarme a mí, debiste hablar a mi tío.

—Somos primos —le recordó él.

—Primos terceros —adujo ella.

De modo que no contestó «sí» ni «no». Ahora, recordando lo sucedido aquel día hubo de confesarse que nunca dejaba de pensar en ello.

Apartó la cortina. Jung Lu, erguido y con los pies muy separados, estaba en el cuarto principal. Era alto y robusto. Cualquiera otro día se hubiera quitado el redondo cubrecabezas de piel de zorro encarnado que distinguía a los soldados de la Guardia y acaso también su túnica exterior. Pero entonces permanecía en pie como si fuese un extraño, sosteniendo en la mano un paquete envuelto en seda amarilla. Ella reparó en el paquete y él lo comprendió en seguida. Como siempre, los dos se captaban mutuamente el pensamiento.

Jung Lu comentó:

—Veo que reconoces la llamada imperial.

—Sería necio no reconocerla —respondió ella.

Los primos no hablaban nunca con formulismos ni usaban las cortesías y palabras menudas corrientes en las pláticas entre hombres y mujeres. Se conocían demasiado para hacerlo.

Él, sin separar sus ojos de los de la joven, preguntó:

—¿Está despierto mi tío Muyanga?

Orquídea, sosteniendo la mirada de Jung Lu, observó:

—Ya sabes que nunca se levanta antes de mediodía.

Jung Lu manifestó:

—Pues hoy ha de levantarse. Es tu tutor, ocupa el lugar de tu padre y necesito que me firme el recibo de esta llamada.

La muchacha volvió la cabeza y llamó:

—¡Lu Ma, despierta a mi tío! Jung Lu está aquí y necesita que se le firme un documento.

—Ya voy —dijo la vieja.

Orquídea extendió la mano.

—Déjame ver el paquete.

Jung Lu negó con la cabeza.

—Es para Muyanga.

Ella bajó la mano.

—Pues ya sé lo que ahí se dice. Tengo que presentarme en Palacio, con mi prima Sakota, en el término de nueve días a contar desde hoy.

Los ojos de Jung Lu relampaguearon bajo sus espesas cejas.

—¿Quién te lo ha dicho?

Ella apartó la mirada y ocultó sus alargados ojos bajo sus rectas pestañas negras.

—Los chinos lo averiguan todo. Ayer me paré para ver actuar a una compañía de actores callejeros. Representaban *La concubina del emperador*. Esa pieza es muy vieja, pero ellos la hacían parecer nueva. El duodécimo día de la sexta luna, dice la obra, las vírgenes manchúes deben presentarse a la emperatriz, madre del Hijo del Cielo. ¿Cuántas hemos de acudir este año?

Jung Lu contestó:

—Sesenta.

Orquídea alzó sus largas pestañas, muy negras sobre sus ojos de ónice.

—¿Y yo soy una de ellas?

—Sí, y sin duda serás al final la primera de todas —aseguró él.

La profunda y quieta voz del joven impresionó con profética fuerza el corazón de su prima.

—Donde yo esté —afirmó— pediré tenerte cerca. Insistiré en ello. ¿Acaso no somos parientes?

Volvieron a mirarse, olvidados de todo, excepto de sí mismos. Él dijo seriamente, como si no hubiera oído las palabras de la joven:

—He venido con el propósito de pedir a tu tutor que nos permita casarnos. Pero no sé lo que decidirá.

—¿Acaso puedes desobedecer las órdenes imperiales?
—interrogó ella.

Desvió la mirada y, acentuando su flexible gracia, se acercó a la larga mesa de ébano apoyada en el muro interior de la pared. Entre dos altos candelabros de bronce, bajo una pintura de la montaña sagrada de Wu T' al, florecía en un jarrón un ramillete de orquídeas amarillas.

—Florecieron esta mañana. Tienen el color imperial. Es un presagio —murmuró la joven.

—A ti todo te parece ahora un presagio —alegó él.

Orquídea se volvió, lucientes y enojados sus negros ojos.

—¿No es mi deber servir al emperador si soy elegida?

Se apartó de su primo y su voz recuperó su gentileza habitual al agregar:

—Si no me eligen, te prometo ser tu mujer.

Entró Lu Ma y sus ojos escrutaron atentamente los ojos de los dos jóvenes.

—Ya está despierto tu tío, amita. Dice que quiere comer en la cama y que tu primo puede pasar a la alcoba.

La mujer se alejó y la oyeron moverse en la cocina. La casa principiaba a animarse. Los dos muchachos peleaban en el patio exterior, junto a la verja de la calle. Desde el dormitorio llegó la llamada quejumbrosa de la hermana de Orquídea:

—¡Orquídea, hermanita mayor, ven! No me encuentro bien. Me duele la cabeza.

—¡Orquídea! —repitió Jung Lu—. Ese nombre resulta muy infantil para ti ahora.

Ella dio con el pie un golpe en el suelo.

—¡Pues sigue siendo el mío! ¿Qué esperas ahí plantado? Cumple con tu deber y yo cumpliré con el que me corresponde.

Salió impetuosamente y él la contempló mientras entraba en la alcoba. La cortina se cerró tras ella.

Aquellos breves segundos de ira bastaron para que Orquídea fijase su voluntad. Iría a la imperial ciudad del Hijo del Cielo y allí pondría toda su voluntad en ser escogida. De este modo resolvió en un instante los largos argumentos que hasta entonces llenaran su vida. ¿Valía más ser la esposa de Jung Lu y madre de sus hijos —muchos, sin duda, porque los dos eran apasionados— o concubina del emperador? Pero su primo la amaba sólo a ella mientras ella le amaba a él y a... algo más. ¿En qué consistía ese «algo más»? Lo sabría el día que acudiese a la llamada del emperador.

El día 21 del sexto mes lunar la muchacha despertó en el Palacio de Invierno de la Ciudad Imperial. Su primer pensamiento fue el mismo que la ocupara al quedar dormida la noche antes:

«¡Estoy entre las murallas de la ciudad del emperador!».

Había pasado la noche y llegaba el día, el grande y decisivo día que la joven venía esperando en secreto desde que, siendo una niña de cortos años, vio a la hermana de Sakota salir de casa para ir a convertirse en concubina imperial. Aquella joven había muerto antes de llegar a emperatriz y ningún miembro de la familia había vuelto a verla. Pero Orquídea viviría...

Su madre la había aconsejado el día anterior:

—Procura proceder con prudencia. Entre las vírgenes sólo eres una más. Sakota es pequeña y de una belleza muy delicada. Como hermana más joven de la consorte muerta, lo más probable es que ella resulte la favorecida, en perjuicio tuyo. Pero en cualquier posición que consigas siempre podrás elevarte y prosperar.

Así que la madre de Orquídea, en vez de con vanos adioses, la despidió con esas serias y útiles palabras, que la

joven recordaba bien. Después, mientras las demás lloraban durante la noche, ella se había guardado muy bien de imitarlas, temerosa de que, por obrar así, pudiera ser elegida, como su madre le había dicho con toda claridad. En ese caso podía dejar para siempre de ver a su madre y hermanos. En todo caso tenía diecisiete años y hasta los veintiuno le estaban prohibidas las visitas. ¿Tan solitaria iba a vivir hasta entonces? Pensaba en Jung Lu y reflexionaba en que había de sentir mucho su soledad. Pero también pensaba en el emperador.

La última noche pasada en su casa tuvo tal excitación que no pudo dormir. Sakota tampoco lograba conciliar el sueño.

Hacia la madrugada Orquídea percibió blandas pisadas que se aproximaban, y las reconoció.

—¡Sakota! —exclamó.

Sintió en el rostro el contacto de la suave mano de su prima y oyó su voz suplicándole:

—¡Orquídea, deja que me acueste contigo! Estoy muy asustada.

Orquídea empujó a su hermana, que en su profundo sueño no lo notó, e hizo sitio en el lecho a su prima. Sakota se deslizó en él. Temblaba todo su cuerpo y tenía helados los pies y las manos.

Se arropó con los cobertores y buscó calor estrechándose contra el cuerpo de la otra muchacha.

—¿No tienes miedo? —cuchicheó.

—No. ¿Por qué he de tenerlo? —respondió Orquídea—. ¿Y cómo lo tienes tú, que sabes que tu hermana mayor residió en Palacio? ¿Qué daño puede ocurrirnos en casa del emperador? ¿No fue tu hermana elegida suya?

Sakota murmuró:

—Pero murió en Palacio. No era feliz allí. Sentía añoranza de nuestra casa. Puedo morir, como ella.

—Yo estaré allí contigo —respondió Orquídea.

Y rodeó con sus brazos el fino cuerpo de su prima. Sakota era delgada y frágil en exceso. Nunca tenía apetito y no se hallaba fuerte.

—¿Y si nos eligen por separado y nos clasifican de distinto modo? —preguntó Sakota.

Y así sucedió. Las separaron. El día anterior —recordaba Orquídea a la sazón— después de llegar a Palacio, la emperatriz viuda, madre del Hijo del Cielo, eligió veintiocho muchachas entre sesenta. Sakota, en su calidad de hermana de la princesa difunta, fue situada en la primera clase, o F'el, y Orquídea en la tercera, o Kuei Yen.

La perspicaz emperatriz madre había comentado, mirando a la joven:

—Tiene mucho temperamento. Si no, la enviaría a la segunda clase, con las P'in, ya que no es apta para ir a la primera clase, puesto que a ésa ha sido destinada su prima, la hermana de mi nuera, ha tiempo que pasó a las Fuentes Amarillas. Vaya esa joven a la tercera clase, y así quizá logremos que mi hijo, el emperador, no repare en ella.

Orquídea escuchó tales palabras con modestia y obediencia aparentes. Y ahora, virgen de tercera clase, recordaba las palabras de despedida de su madre, mujer fuerte si las había.

Sonó una voz en el dormitorio: la de la encargada principal, cuya misión era preparar a las vírgenes.

—Jóvenes, es hora de levantaros. Disponeos a embelleceros. Hoy es vuestro día de buena suerte.

Las demás se levantaron en el acto, pero Orquídea no lo hizo así. Pensaba proceder siempre al contrario que sus compañeras. Quería vivir apartada de ellas estar siempre separada y sola. Permaneció inmóvil bajo la colcha de seda, mientras el grupo de muchachas tiritaban entre las manos de las sirvientas que tenían la misión de atenderlas. En

el aire frío del recién iniciado verano del Norte escapábanse chorros de vapor, formando una bruma, del agua caliente de las bajas bañeras.

La jefa ordenó:

—¡Todas al baño!

Era rolliza y severa. Acomodada en un ancho asiento de bambú hacía ademanes imperiosos que indicaban su costumbre de verse obedecida.

Las jóvenes, ya desnudas, entraron en las bañeras. Las sirvientas comenzaron a lavarlas y frotarlas, empleando jabones perfumados y pañitos de fina tela. La encargada miraba a todas, una por una. De pronto habló:

—Veintiocho muchachas se eligieron entre sesenta y yo no cuento más que veintisiete.

Examinó el papel que tenía en la mano y principió a leer los nombres de las escogidas. Cada una de las vírgenes respondía sin moverse de donde estaba. Faltaba una.

—¡Yehonala! —llamó de nuevo la jefa.

Aquél era el nombre de clan de Orquídea. El día anterior, antes de salir de su casa, Muyanga, su tío y tutor, la había llamado a su biblioteca para darle un consejo paternal.

Ella permaneció de pie ante él. Muyanga, cuya corpulencia cubría un vestido de raso de color azul celeste, estaba tan gordo que sus carnes rebosaban del asiento de su butaca.

Sin levantarse, dio a la joven el ofrecido consejo. Ella sentía simpatía por su tío a causa de que era negligentemente amable, pero no le amaba, porque él no amaba a persona alguna. Era asaz perezoso, hasta en lo moral, para experimentar amor u odio.

Explicó con voz untuosa:

—Ahora que vas a entrar en la Ciudad del Emperador has de prescindir de tu lindo nombrecito, Orquídea. A partir de hoy te llamarán, Yehonala.

—¡Yehonala!